



Como Pablo, anunciemos a Jesucristo

Como era de esperar, el mensaje del Papa Benedicto XVI para la Jornada Mundial de las Misiones 2008, en plena celebración del Año Jubilar Paulino, tiene muy en cuenta la vida y el testimonio misionero del Apóstol de las gentes, Pablo de Tarso. La centralidad de la vida en Cristo, a partir de su conversión, y la comprensión de la Iglesia, como cuerpo de Cristo y misterio de comunión, por el poder del Espíritu, según él mismo expresa en sus Cartas, han sido decisivas para el desarrollo de la fe cristiana desde los orígenes y, también, a lo largo de la historia. Ciertamente, bien vale la pena considerar la urgencia y prioridad de la misión de la Iglesia -anunciar el Evangelio de Jesucristo-, a la luz de Pablo, servidor de Jesucristo, llamado para ser Apóstol, y elegido para anunciar la Buena Noticia de Dios (Rm 1, 1); testigo cualificado del Evangelio, como le dijo Ananías: «El Dios de nuestro padres te ha destinado para conocer su voluntad, para ver al Justo y escuchar su Palabra, porque tú darás testimonio ante todos los hombres de lo que has visto y oído». (Hch 22, 14-15). Dar a conocer a Jesús, muerto y resucitado por nuestra salvación, hasta verlo formado y reflejado en todos, será la motivación más profunda de su existencia. Plenamente consciente de su vocación y misión -cuando Dios, que me eligió desde el seno de mi madre y me llamó por medio de su gracia, se complació en revelarme a su Hijo, para que yo lo anunciara a los paganos (Gál. 1, 15-

16)-, exclamará: *¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!* (1Cor 9, 16).

Nuestra humanidad sufre y espera

Pero Pablo vivió hace dos mil años, y hoy, en estos tiempos, nos toca a nosotros ser los discípulos y misioneros de Jesucristo. Por ello el Papa presenta algunos rasgos de la situación de la humanidad actual. Humanidad, que como en tiempos de Pablo, sigue teniendo necesidad de liberación, y no sólo la humanidad, sino la creación entera espera ansiosamente esta revelación de los hijos de Dios (Rm 8, 19 ss.). Hoy, sufrimos a causa de la violencia, entre individuos y pueblos; de la pobreza, que hiere y oprime a millones de hermanos nuestros; de discriminaciones y persecuciones, de desigualdades injustas y hasta del deterioro alarmante del propio habitat y del medio ambiente. Frente esta situación del presente y de un futuro incierto de nuestra humanidad: CRISTO es la respuesta. El Papa, recordando a Pablo, afirma categóricamente: Sólo en Cristo, la humanidad puede encontrar la redención y la esperanza.

Ante esta convicción y afirmación de fe, vienen a mi mente, súbita y espontáneamente una serie de textos que comparto con ustedes. Comencemos por las palabras de Pedro ante el Sanedrín: «*Porque no existe bajo el cielo otro Nombre dado a los hombres, por el cual podamos alcanzar la salvación*» (Hch 4,12);

ese Nombre no es otro, que el de nuestro Señor Jesucristo de Nazaret; es el mismo convencimiento de Pablo, que piensa que la Buena Noticia de Jesús es fuerza de Dios para la salvación de todos los que creen (Rm 1, 16). El Concilio Vaticano II dirá, Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo a fin de que pueda responder a su máxima vocación... cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro (GS 10); y más recientemente, el Documento de Aparecida se expresa así: *La Iglesia sabe, por revelación y por la experiencia humana de la fe, que Jesucristo es la respuesta total, sobreabundante y satisfactoria a las preguntas humanas sobre la verdad, el sentido de la vida y de la realidad, la felicidad, la justicia y la belleza. Son las inquietudes de están arraigadas en el corazón de toda persona y que laten en lo más humano de la cultura de los pueblos* (DA 380).

El amor de Dios y a los hombres, origen de la Misión

Cristo es la respuesta, porque Dios es Amor, y el Amor de Dios se ha manifestado, sobre todo y ante todo, por medio de Jesucristo. El Papa Benedicto XVI, como ya nos tiene acostumbrados, nos hace llegar al fondo, hasta la causa última, de la redención y de la misión: El Amor de Dios. He ahí, la fuente



Comentario al Mensaje del Santo Padre por la Jornada Mundial de las Misiones 2008

originaria y, al mismo tiempo, la energía espiritual que nos salva y nos empuja a la "misión ad gentes". Y de esta fuente inagotable, estamos todos invitados a beber. Es del corazón traspasado de Cristo de donde brota, como de un torrente incontenible, el infinito Amor de Dios; de esta fuente mana: la ternura, la compasión, la disponibilidad, el interés por los problemas de la gente, así como también el valor para dejarlo todo y dedicarse completa e incondicionalmente a esparcir en el mundo el perfume de la caridad de Cristo.

El amor de Cristo y el amor a los hermanos apremian de tal modo, que no existen razones que justifiquen poner freno al anuncio del Evangelio. Millones de hombres, niños, jóvenes y adultos esperan encontrarse y seguir a Jesús, el Señor, conocer la verdad, dar pleno sentido a su vida y participar ya, desde ahora por la fe, de la Vida eterna. Es el mismo Señor quien afirma que Él ha venido para que tengamos vida en abundancia (Jn 10, 10).

La invitación es para todos, y a cada uno, según su propia vocación: Obispos, presbíteros, consagrados y fieles laicos. Todos invitados A NAVEGAR MAR ADENTRO y a echar las redes. El anhelo de hacer que toda la comunidad diocesana sea misionera, está en consonancia con la línea pastoral de Aparecida que insta a la renovación misionera:

Esta firme decisión misionera debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de la diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos y de cualquier institución de la Iglesia. Ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera, y de abandonar las estructuras caducas que ya no

favorezcan la transmisión de la fe. (DA 365).

Aún hemos de crecer y madurar mucho en la fe de "Iglesia católica" - universal-, como profesamos en el Credo, para que nuestras comunidades diocesanas tengan la misión ad gentes como principio unificador y convergente de toda la actividad pastoral y caritativa. Será necesario acrecentar un nuevo ardor misionero, haciendo que la Iglesia se manifieste como una madre que sale al encuentro, un casa acogedora, una escuela permanente comunión misionera (DA 370).

Finalmente, como en todos los mensajes misioneros, se reconoce y agradece la aportación que ofrecen las Obras Misionales Pontificias a la acción evangelizadora de la Iglesia. La oración más intensa y la colecta en la Jornada Misionera Mundial, son signo de la comunión de bienes y personas que debe darse entre las Iglesias, especialmente hacia las más jóvenes. El Papa confía al Señor la entrega, el trabajo y el compromiso de tantos hermanos misioneros, invocando la intercesión de San Pablo y de María,

Estrella de la Evangelización, madre y modelo de todos los misioneros.

A nosotros no nos queda, sino agradecer a Dios hacernos partícipes de la misión de su Hijo y de la misión de la Iglesia. Necesitamos, continuamente, salir de nosotros mismos, y formarnos con un corazón más universal. Reconozcamos que la autenticidad de nuestra nueva apertura misionera se confirma en la medida que sepamos compartir nuestros dones espirituales, humanos y materiales, con otras Iglesias (cf. DA 379).

Como Pablo, seamos servidores y testigos de Jesucristo.

Formosa, 16 de julio de 2008
Nuestra Señora del Carmen

(*) Obispo de Formosa y
Presidente de la Comisión Episcopal
de Misiones

